

DABERET, *prado*, ciudad levítica en la frontera de Zabulón y de Isacar, Jos. 19:12; 21:28; 1 Crón. 6:72; probablemente Deburteh, pequeña población al pie del Monte Tabor, al Noroeste.

DAGÓN, *pescado*, ídolo nacional de los Filisteos con templo en Gaza, Asdod, etc., 1 Crón. 10:10. El de Gaza fue destruido por Sansón, Jueces 16:21-30. En el de Asdod, Dagón cayó dos veces milagrosamente antes del arca de Dios; y en la segunda caída se le rompieron la cabeza y las manos, quedándole sólo el cuerpo, que tenía la forma de un gran pescado con cabeza humana, 1 Sam. 5:1-9. Véase Jos. 15:41; 19:27. Había otros ídolos de forma semejante entre los antiguos, particularmente la diosa Derceto o Atergates; y una forma parecida o “encarnación” de Vishnu es en la actualidad muy venerada en la India, y, como Dagón, está predestinada a postrarse en el polvo ante el verdadero Dios.

DALMANUTA, población en la playa occidental del Mar de Galilea, al Norte de Tiberias, Mar. 8:10. Compare Mat. 15:39, probablemente en Ain el-Barideh, en la boca de una cañada, una milla al sur de Magdalá.

DALMACIA, provincia de Europa al Este del Mar Adriático y que formaba parte de Ilirico, contigua a Macedonia. Allí fue Tito enviado por Pablo, 2 Tim. 4:10. Véase también Rom. 15:19.

DAMARIS, *novilla*, señora ateniense, distinguida como una de las pocas que abrazaron el cristianismo en Atenas, bajo la predicación de Pablo, Hechos 17:34.

DAMASCO, metrópoli de Siria, mencionada primeramente en Gén. 14:15; 15:2; siendo ahora probablemente la ciudad más antigua del mundo. Está sobre el río Baratía, que es el antiguo Chrysorroas, en una hermosa y fértil llanura, al Sudeste del Anti-Líbano, como a 140 millas al Noreste de Jerusalén, y a 2300 pies de elevación sobre el Mediterráneo. Véase Abana. Esta llanura tiene como 70 millas de circunferencia; está abierta al desierto de la Arabia por el Sudeste, y tiene por límite en las otras direcciones, las montañas. La región que circunda a Damasco y la que se halla al Norte, incluyendo el valle que está entre las cordilleras del Líbano y del Anti-Líbano, se llama en las Escrituras, “Siria de Damasco,” 2 Sam. 8:5, y Strabo le da el nombre de Coele-Syria. Esta ciudad que al principio tenía sus reyes propios, fue tomada por David, 2 Sam. 8:5, 6, y por Jeroboam II., 2 Reyes 14:28. Su historia en esa época se halla en las narraciones relativas a Naamán, Benhadad, Hazael y Rezín. Fue subyugada por Tiglat-fala-sar, 2 Reyes 16:9, y estuvo después sometida a los Asirios, Babilonios, Persas, Selú-cidas y Romanos; habiendo sido su historia predicha en parte por Isaías. 7:4; 10:9; 17; y también por Jeremías, Ezequiel y Amós. En la época de Pablo parece que fue poseída, durante algún tiempo por lo menos, por Aretas, el rey de Arabia Petrúa bajo los Romanos, y suegro de Herodes Antipas, 2 Cor. 11:32, 33.

En ese periodo estaba la ciudad tan llena de judíos que, según Josefo, fueron 10,000 de estos condenados a muerte y ejecutados a un tiempo, por mandato de Nerón. Es memorable entre los cristianos como el teatro de la milagrosa conversión del muy ilustre “siervo de Nuestro Señor Jesucristo” el apóstol Pablo, Hechos 9:1-27; 22:1-16. Desde 1516 Damasco ha estado en posesión de los Turcos; es la metrópoli de “el Bajalato de Damasco” y tiene una población de cerca de 150,000 habitantes, principalmente mahometanos, y muy fanáticos. En 1860 cosa de 6,000 individuos que llevaban el nombre de cristianos, fueron asesinados en ese lugar y sus alrededores. Los Árabes la llaman Esh-shams. Es todavía célebre, así como el país que se halla en sus contornos, entre todos los viajeros, como una de las regiones más hermosas y exuberantes del mundo; Los mismos orientales la llaman el “Paraíso de la tierra,” y se pretende que Mahoma rehusó entrar en ella, por temor de perder, si tal hacía, su paraíso celestial. La llanura que rodea a la ciudad está bien regada y es de exuberante fertilidad, y el viajero se fascina con la perspectiva que presenta; pero un examen hecho más de cerca hace descubrir muchas

cosas ofensivas tanto a los sentidos como al espíritu. Es la ciudad oriental que más conserva su origen, de todas las que se mencionan en la Biblia. Sus edificios públicos y bazares son hermosos, y muchas habitaciones privadas, aunque de pobre apariencia exteriormente, están decoradas por dentro con un estilo de costoso lujo. Su posición la ha hecho desde un principio una ciudad comercial, Ezeq. 27:18. El género llamado damasco se supone que tuvo origen allí, y el acero damasquino no tuvo rival por mucho tiempo. Todavía conserva un extenso comercio de telas, tejidos de seda y algodón, ebanistería con bellas ataraceas, de pieles, dulces, frutas, etc. Para este objeto se reúnen allí periódicamente grandes caravanas, y atraviesan del mismo modo que antes los caminos desiertos que conducen a remotas ciudades. Play allí también un lugar principal de reunión de los peregrinos que en romería se dirigen a la Meca. Las gentes de todas las naciones del Oriente concurren a Damasco, hecho que manifiesta su importancia como estación misionera. Se está haciendo por los cristianos ingleses, con buenas esperanzas, la tentativa de evangelizar a Damasco; pues la feroz y fanática intolerancia de la población musulmana ha comenzado a ceder. Una calle llamada por los guías "Recta," tal vez la misma a que se hace referencia en Hechos 9:11, recorre la ciudad desde la puerta oriental.

DAN, *un juez*, I., hijo de Jacob y de Bilha, Gén. 30:3; 35:25. La tribu de Dan era inferior sólo a la de Judá en cuanto a su número, antes de entrar a Canaán, Núm. 1:39; 26:43, A Dan se le asignó una porción que se extendía al Sudeste de la costa del mar cercana a Jopa. Lindaba con la tierra de los Filisteos, con quienes la tribu de Dan tuvo mucho qué hacer, Jueces 13-16. Su territorio era fértil, pero pequeño, y los nativos de él eran poderosos. Una parte de esa tribu, por lo mismo, buscó y conquistó otra residencia, Jos. 19; Jue. 18. Su nombre no aparece en las crónicas en 1 Crón. 2-12, ni entre los que fueron sellados por el ángel en la visión de Juan, Apoc. 7:5-7; y la razón puede hallarse quizá en su mudada parcial a Laish del territorio que se les asignó por Dios, y en la idolatría en que cayeron allí.

II. Ciudad llamada originalmente Laish, Jueces 18:29, en la extremidad Septentrional de Israel, en la tribu de Neftalí. "De Dan a Beerseba" denota la extensión toda de la tierra prometida, siendo Dan la ciudad situada más al Norte y Beerseba la más al Sur, Jueces 20:1. Dan se hallaba al pie del Monte Hermón, cuatro millas al Oeste de Paneas, cerca de uno de los manantiales del Jordán, en una colina llamada ahora Tell-el-Kady. Daish en una época pertenecía a Sidón, y recibió el nombre de Dan de una porción de esa tribu que la conquistó y reedificó, Jueces 18. Era una ciudad idólatra aun entonces, vers. 30, 31; y fue después donde se situó uno de los becerros de oro de Jeroboam, 1 Rey. 12:28; Amós 8:14. Aunque antes como después fue una ciudad floreciente, Jueces 18:10; Ezeq. 27:19, sólo existen ahora restos insignificantes de ella.

DANIEL, *Dios es mi juez*, I., llamado Beltsasar por los Caldeos, profeta, Mat. 24:15, descendiente de la familia real de David, Dan. 1:3, que fue llevado cautivo a Babilonia, cuando era muy joven, en el tercer año de Joacim rey de Judá, 606 A. C. Compare Isa. 39:7. Fue escogido con tres compañeros suyos, Ananías, Misael y Azarías, para residir en la corte de Nabucodonosor, en donde halló favor como José en Egipto, e hizo grandes progresos en todas las ciencias de los Caldeos, así como en la lengua sagrada; pero rehusó contaminarse comiendo de las provisiones de la mesa del rey, que eran a menudo ceremonialmente impuras para un Judío, o estaban manchadas por haber estado en contacto con el culto idólatra. Al fin de unos tres años de educación, Daniel y sus compañeros aventajaron a todos los demás, y recibieron buenos empleos en el servicio real. Allí Daniel desplegó en breve sus dones proféticos, interpretando un sueño de Nabucodonosor, por quien fue hecho gobernador de Babilonia y jefe de la clase instruida y sacerdotal. Compárese su historia con la semejante de José. Parece haber estado ausente, quizá en alguna embajada extranjera, cuando sus tres compañeros fueron arrojados en el horno ardiendo. Algún tiempo después interpretó otro sueño de Nabucodonosor, y posteriormente la

célebre visión de Belsasar, uno de cuyos últimos actos fue promover a Daniel a un empleo mucho más elevado que el que previamente había tenido durante su reinado, Dan. 5:29; 8:27.

Después de la captura de Babilonia por los Medos y Persas, Darío el Medo, que “tomó el reino” después de Belsasar, le hizo “primer presidente” de unos 120 príncipes. La envidia hizo que formaran el complot para que se le echara a la cueva de los leones, acto que les atrajo su propia destrucción, Dan. 6.

Subsecuentemente Daniel continuó en todos sus altos empleos, y gozó del favor de Ciro hasta su muerte. Durante ese periodo trabajó fervorosamente, con ayunos y oraciones, así como tomando medidas oportunas para asegurar la vuelta de los judíos a su propia tierra, habiendo llegado para ello el tiempo prometido, Dan. 9. Vivió lo bastante para ver el decreto expedido a ese respecto y que muchos de su pueblo volvieran a Jerusalén; pero no se sabe si alguna vez volvió a visitar esa ciudad, por tener entonces, 536 A. C., más de 80 años de edad. En el tercer año de Ciro tuvo una serie de visiones que le pusieron de manifiesto cuál tenía que ser el estado de los judíos hasta la venida del Redentor prometido; y por las cuales le vemos esperando tranquilamente el término pacífico de una vida bien empleada y la resurrección de los justos. Véase Susan.

Daniel fue uno de los caracteres más inmaculadas de que se hace mención. Tanto su juventud como su vejez fueron igualmente consagradas a Dios. Conservó su honradez en las circunstancias más difíciles, y en medio de las fascinaciones de una corte oriental fue puro y justo. Confesó el nombre de Dios ante los príncipes idólatras, y habría sido mártir, a no ser por el milagro que lo preservó de la muerte. Su historia merece el atento y piadoso estudio de los jóvenes, y las lecciones que inculca dan valiosa y sólida instrucción. Véase Ciro.

II. El segundo hijo de David, llamado también Quileab, 2 Sam. 3:3.

III. Descendiente de Itamar, cuarto hijo de Aarón. Fue uno de los jefes que acompañaron a Esdras de Babilonia a Judea, y que después tuvo una parte importante en la reforma del pueblo, Esdr. 8:2; Neh. 10:6.

DANIEL, libro de. Este libro es una mezcla de historia y profecía. Los seis primeros capítulos son principalmente históricos y los restantes proféticos. Fue concluido hacia el año 534 A. C.

Las maravillas que narra son de un carácter notable y peculiar, y tuvieron por objeto manifestar al pueblo de Dios, que en medio de la degeneración de este, la mano del Señor no se había acortado para esto de proveer a la salvación; y demostrar también a los enemigos del mismo pueblo, que había una diferencia esencial entre Jehová y los ídolos, entre el pueblo de Dios y el mundo. Las profecías contenidas en la última parte del libro se extienden desde la época de Daniel hasta la resurrección universal. Según algunos intérpretes, los cuatro reinos son el Babilónico, el Medo, el Persa, y el Griego; pero el primer cumplimiento de esta visión fue solamente el preliminar de uno o más cumplimientos adicionales, en tiempos cristianos posteriores. Según la interpretación general, sin embargo, los Imperios Asirio, Persa, Griego y Romano, están descritos allí con imágenes muy propias. Se predice el tiempo preciso de la venida de Cristo. Se determinan con exactitud el levantamiento y la caída del Anticristo, y la duración de su poder; se señala con claridad la victoria de Cristo sobre sus enemigos, y el predominio universal de su religión. El libro está lleno de los sentimientos más levantados de piedad y devota gratitud. Su estilo está sencillo, claro y conciso, y muchas de las profecías se profieren en un lenguaje tan llano y circunstancial, que hay infieles que aseguran haberse escrito después de haberse verificado los acontecimientos que describen. Sir Isaac Newton considera a Daniel como el más preciso y

claro de todos los profetas, y el que con mayor facilidad puede ser entendido; y por lo mismo juzga que en asuntos relativos a los últimos tiempos debe ser tenido como la clave de los otros profetas.

Con respecto a la no adulteración y a la autenticidad del libro, se tiene la mayor evidencia, tanto externa como interna. Tenemos el testimonio de Cristo mismo, Mat. 24:15, de Juan y de Pablo, que han copiado sus profecías; de la iglesia y de la nación judías, que han recibido este libro constantemente como canónico; de Josefo que lo recomienda como el principal de los profetas; y de los Targums y Talmudes judíos, que con frecuencia citan esta autoridad. Por lo que hace a la evidencia interna, la dan el estilo, el lenguaje y la manera de escribir, que concuerdan perfectamente con su época, y especialmente se prueba que el autor ha sido profeta, por el exacto cumplimiento de sus predicciones. Este libro como el de Isaías fue escrito, parte en Hebreo, y parte en Caldeo, que era la lengua predominante de los Babilonios. Vease Alejandro I.

DARÍO EL MEDO, Dan. 6:1; 9:1; 11:1 fue probablemente Cyxares II, hijo de Astyages, rey de los Medos, y hermano de Mandane, madre de Ciro, y de Amyit, madre de Evil-merodac y abuela de Belsasar; y así fue tío por parte de la madre, de Evil-merodac y de Ciro. La Septuaginta le llama Artajerjes, Jenofonte Cyaxares, y el hebreo, "Darío hijo de Asuero, de la simiente de los Medos." Con Ciro, su sobrino, y siendo "rey nominalmente de los Medos," capturó a Babilonia y dio muerte a Belsasar rey de los Caldeos, teniendo entonces sesenta y dos años de edad, Dan. 5:31. Hizo a Daniel el funcionario más elevado del Imperio; y después de que los enemigos del profeta ocuparon el lugar de este en la cueva de los leones, expidió un decreto para que todos sus súbditos adorasen al Dios de Daniel, Cap. 6. Su reinado en Babilonia fue corto, terminando con su muerte en el segundo año, en que el gobierno pasó directamente a manos de Ciro.

II. DARÍO HIJO DE HISTASPES, de que se habla en Esdras 4-7, Hageo y Zacarías, como el rey que renovó el permiso dado a los judíos por Ciro y revocado después, para reedificar el templo. El derribó del poder a Smerdis el usurpador mago del trono persa, al cual Darío, como heredero, tenía legítimo derecho, 521 A. C., y reinó 36 años. Trasladó el asiento del gobierno a Susa, por lo cual Babilonia se rebeló contra él; pero sujetó la rebelión, y derribó las murallas de esta ciudad, según se había predicho, Jer. 51:58.

III. DARÍO CODOMANO, Neh. 12:12, fue uno de los reyes persas más valientes y generosos. Alejandro el Grande lo derrotó varias veces, y al fin destruyó la monarquía persa, 206 años después de establecida. Darío fue muerto por sus propios generales después de un corto reinado de seis años. Así se cumplieron las profecías de Daniel, cap. 8.

DATÁN, Rubenita, uno de los rebeldes que acompañaban a Coré, contra la autoridad de Moisés y de Aarón, Núm. 16; 26:9; Sal. 106:17.

DAVID, amado, el hijo más joven de Isaí, de la tribu de Judá, nacido en Belén, 1085 A. C.; uno de los hombres más notables de la historia tanto sagrada como profana. Su vida ha sido consignada extensamente desde 1 Sam. 16 hasta 1 Reyes 2, y su vida espiritual en los Salmos escritos por su propia pluma. Fue el ungido del Señor, escogido por Dios para ser rey de Israel en lugar de Saúl, y consagrado para ese cargo por el venerable profeta Samuel, mucho antes de que de hecho ascendiera al trono, 1 Sam. 16:1-13, para el cual Dios lo preparó, concediéndole el don de su Espíritu, y una larga carrera de vicisitudes y peligros. En su tan llana vida pastoril se distinguió por su audacia, su lealtad y su fe en Dios; y siendo todavía joven, fue llamado a la corte como diestro en la música, valiente, prudente en su conducta y de hermosa presencia. Consiguió aliviar de tiempo en tiempo el ánimo del rey Saúl, oprimido por cierto espíritu de melancolía y remordimiento, y llegó a ser uno de sus cortesanos favoritos; pero al

declarar la guerra a los Filisteos, parece que se le exoneró de todo cargo, y volvió a cuidar el rebaño de su padre. La Providencia lo condujo en breve al campo de batalla, y dio a su noble valor y a su fe la victoria sobre el gigante Goliat. Volvió a la corte coronado de honores, recibió mando en el ejército, y a Mical la hija del rey, por esposa. Se condujo bien en todas ocasiones, y conquistó rápidamente la confianza y el amor del pueblo. El celo de Saúl sin embargo, lo obligó al fin a buscar refugio en el desierto de Judá, en donde a poco tiempo reunió una banda de 600 hombres, a quienes mantuvo en perfecta disciplina, y los empleó solamente contra los enemigos de su país. Fue a pesar de eso perseguido por Saúl con implacable hostilidad; y como no quiso levantar la mano contra su rey, aun cuando a menudo lo tuvo en su poder, juzgó al fin conveniente retirarse a la tierra de los Filisteos. Véase Isaí. Allí fue recibido generosamente; pero se encontraba en una posición tan difícil que no podía hacerle frente de una manera honrosa, cuando la muerte de Saúl y de Jonatán le abrió el camino al trono prometido.

Fue en el acto elegido rey sobre la casa de Judá en Hebrón; y después de unos siete años de hostilidades, lo fue unánimemente por todas las tribus de Israel, y se estableció en Jerusalén, siendo el fundador de una familia real que continuó hasta la caída de la nación judía. Su carácter como monarca es notable por su fidelidad para con Dios, y por los grandes fines a que fue llamado al dársele una posición tan llena de responsabilidad.

Condujo el arca de Dios a la ciudad santa con las más grandes demostraciones de honor y regocijo. Las ordenanzas del culto fueron modeladas de nuevo, y arregladas con el mayor cuidado. Administró justicia al pueblo con imparcialidad, y dio un poderoso impulso a la prosperidad general de la nación. Su sabiduría y energía consolidaron el reino judío; la organización que dio al ejército y su destreza militar lo pusieron en aptitud, no sólo de resistir con buen éxito los asaltos de los invasores, sino de extender los límites del reino sobre todo el territorio prometido en la profecía, desde el Mar Bermejo y el Egipto, hasta el Éufrates, Gén. 15:8; Jos. 1:3. Con los despojos que tomó en la guerra enriqueció a su pueblo, e hizo una provisión abundante de materiales para el magnífico templo que se proponía edificar en honor de Jehová; templo que fue a Salomón a quien le cupo el privilegio de erigir.

David no se vio enteramente exento de las influencias desmoralizadoras de la prosperidad y de un poder sin restricción alguna. Sus tentaciones fueron numerosas y fuertes, y aunque en lo general su conducta formaba un marcado contraste con la de los reyes que lo rodeaban, incurrió, sin embargo, en graves faltas. Como otros en aquellas épocas, tenía numerosas esposas, y sus últimos años fueron amargados por los malos resultados de su poligamia. Sus crímenes en el caso de Urías y Betsabé fueron espantosos ciertamente; pero al despertar de su sueño de locura, se arrepintió hasta el polvo y las cenizas, sometiéndose humildemente a la reprobación y al castigo que había merecido, y buscó y encontró la misericordia de Dios. De ahí en adelante las frecuentes aflicciones que tuvo le hacían recordar la necesidad en que estaba de ser humilde y de desconfiar de sí mismo. Hubo discordias y asesinatos en su propia familia, 2 Sam. 12:10. Las historias de Tamar, Amnón, y Absalón, manifiestan cuán grande debió ser la angustia que desgarró el corazón de su padre. Las rebeliones de Absalón, Seba y Adornas, el hambre y las plagas que afligieron a su pueblo, los crímenes de Joab, etc., lo indujeron a exclamar, "Oh si yo tuviera alas, como una paloma, volaría para ir a descansar." Con todo, sus penalidades produjeron buenos frutos. La firmeza y decisión de su carácter, su humildad, su nobleza y su piedad brillan en sus últimos actos con motivo de la rebelión de Adonías. El encargo que hizo a Salomón de no perdonarles la vida a Joab y a Semei, fue la voz de la justicia y no de la venganza.

Sus preparativos para la construcción del templo y el servicio público en el cual consagró todo a Jehová, haciendo que el pueblo entero bendijese al Señor Dios de sus padres, coronaron de singular belleza y

gloria la vida de este eminente siervo de Dios. Después de un reinado de 40 años, murió a la edad de 71 y fue sepultado en “la ciudad de David,” en el Monte Sion, en donde aún se ve su tumba.

Las habilidades mentales y los conocimientos de David eran de un orden elevado; y su conducta general se caracterizaba por la generosidad, la probidad, la fortaleza, la actividad y la perseverancia; la moderación y la fogosidad se combinaban en su temperamento, y su carácter religioso estaba eminentemente adornado por una piedad sincera, ferviente y exaltada. Era hombre de Estado, guerrero y poeta a la vez. En sus salmos pone de manifiesto con franqueza todo su corazón. Sus poemas inspirados, llenos de penitencia y confianza en Dios, y de una deliciosa comunión con Él, contienen muchos pasajes proféticos y están admirablemente adecuados para servir de guía a los actos piadosos del pueblo de Dios, mientras tenga una iglesia en la tierra. Aunque primero fueron cantados por lenguas hebreas en los valles de Belén y en las alturas de Sion, resuenan ahora con igual dulzura en idiomas entonces desconocidos, y son caros a los corazones cristianos de toda la redondez de la tierra. Al introducirlos en el culto del templo, David añadió al ritual anterior un medio importante de instrucción y edificación.

En su carácter de rey, David fue un notable tipo de Cristo, y sus conquistas fueron la sombra de las del reino de Cristo. Su descendencia real revivió espiritualmente en la persona del Salvador, que era descendiente de él según la carne, y a quien por lo mismo se le llama “el Hijo de David,” y se dice que está sentado sobre su trono.

DEBIR, *santuario u oráculo*, Jueces 1:11, lugar llamado también Kirjat-Sefer, ciudad de libros; y Kirjat-Sannah, lugar de hojas de palma, Jos. 15:15, 49. A juzgar por estos nombres, parece haber sido algún lugar sagrado entre los Cananeos, y un depósito de sus registros. Fue una ciudad real de Judá, once o doce millas al Sudoeste de Hebrón, conquistada de los Anakim por Josué; pero capturada de nuevo por los Cananeos y vuelta a subyugar por Otniel y entregada después a los sacerdotes, Jos. 10:38, 39; 15:15-17; 21:15. Sus ruinas se llaman ahora Dháheriyeh.

Había otra Debir en Gad y una tercera en la frontera de Benjamín, Jos. 13:26; 15:7. Para Debir, rey de Eglón, véase Jos. 10:3, 23-26.

DÉBORA, *abeja*, I., la nodriza de Rebeca a quien ella acompañó de Aram a Canaán, Gén. 24:59. En su muerte, cerca de Betel, fue sepultada con marcadas manifestaciones de afecto, bajo la famosa encina a que entonces se dio el nombre de Allon-bacut, la encina del llanto, Gén. 35:8, 1732 A. C. Estaba en ese tiempo en la casa de Jacob, habiendo muerto ya Rebeca sin duda alguna, y tenía como 120 años de edad. Hay algo muy hermoso en esta sencilla consignación, que apenas podría hallarse en nuestras grandes historias de reyes, hombres de Estado y guerreros afamados. Estos, en efecto rara vez se toman la molestia de erigir un monumento a una vida digna pero oscura que se ha pasado en el desempeño de servicios humildes.

II. Profetisa, y esposa de Lapidot, que juzgó a los Israelitas y habitó bajo una célebre y acaso solitaria palmera entre Rama y Betel, Jueces 4:4, 5. Cuando los judíos, especialmente los de las tribus del Norte, sufrían bajo la tiranía de Jabín, 1296 A. C. como profetisa se empeñó en levantarlos de su abatimiento, y enviando por Barac lo indujo a atacar a Sisara y le prometió la victoria. Barac, sin embargo, rehusó ir a menos que ésta le acompañase, cosa a que Débora accedió; pero le dijo que el éxito de la expedición sería imputado a una mujer y no a él. Después de la victoria compuso un espléndido canto triunfal, que se conserva en Jueces 5.

DECALOGO, los diez principales mandamientos, Exod. 20:3-17, de las palabras griegas *deka*, diez, y *logos*, palabra. Los judíos llaman estos preceptos “las diez palabras.” La división usual de los diez mandamientos entre los protestantes, es la que Josefo nos dice que se hacía por los judíos en su tiempo. Roma hace una división diferente, incluyendo el segundo en el primero, excluyéndolo prácticamente en los catecismos, y haciendo dos del décimo. Los diez mandamientos son un sumario de las obligaciones del hombre para con Dios y para con sus semejantes, dictadas de un modo tan comprensivo, sabio y bueno, que desde luego demuestran su divino origen y causan la admiración del mundo. Cada uno de ellos está basado en la más sana razón, y ambos se adaptan y se refieren a toda la raza humana de todas las épocas del mundo. No son propios de una nación, ni transitorios como los detalles de las leyes ceremoniales y civiles de los judíos, que han pasado ya; pues su espíritu se halla incluido en el Evangelio: “más fácil es que pasen el cielo y la tierra que el que falte una jota de la ley,” Luc. 16:17. El Salvador mismo los ratifica todos; y anular alguno, como hay quienes lo hagan con el cuarto mandamiento, es desafiar la maldición con que se nos amenaza en Apoc. 22:18, 19.

DECÁPOLIS (de la palabra griega, *deka*, diez, y *polis*, ciudad, país en el Norte de Palestina que contenía diez ciudades principales, especialmente en el lado oriental del Jordán, Mat. 4:25; Mar. 5:20; 7:31. Según Plinio eran Scythopolis, Filadelfia, Rafane, Gadara, Hippos, Dios, Pella, Gerasa, Canatha y Damasco. Josefo cuenta a Otopos en lugar de Canatha. No obstante estar situada dentro de los límites de Israel, la comarca de Decápolis estaba habitada por muchos extranjeros y de ahí el que el nombre que llevara fuera extranjero.

Esto puede explicar también por qué se tenían en ella tantos hatos de cerdos, Mat. 8:20; siendo así que esa práctica estaba prohibida por la ley mosaica. Ahora está comparativamente despoblada.

DEDÁN, I., nieto de Cus, Gén. 10:7, y II. el hijo de Joksán, hijo de Abraham y de Cetura, Gén. 25:3. Ambos fueron fundadores de tribus que con frecuencia se mencionan en las Escrituras. Se supone que los descendientes de Dedán Cushita se establecieron en la Arabia Meridional, cerca del Golfo Pérsico, en el cual hay una isla llamada por los Árabes Dadén. Los descendientes de Dedán Abrahamita vivían en las cercanías de Idumea, Jer. 49:8. No se expresa con claridad en todos los casos en que se halla este nombre, a cuál de las dos tribus se hace referencia. La tribu Cusita era la que probablemente se empleaba en el comercio. Las “compañías viajeras” de Dedán se mencionan por Isa. 21:13. Se nombran también juntamente con los comerciantes de Tarsis por Ezeq. 38:13, y eran célebres por su comercio con los Fenicios.

DEDICACIÓN, ceremonia religiosa en virtud de la cual una persona, lugar o cosa, era consagrado a un santo objeto. Así, el Tabernáculo y el primero y segundo Templo fueron dedicados a Dios, Exod. 40; 1 Reyes 8; Esdr. 6. Los judíos también practicaban cierta dedicación de paredes, casas, etc., Deut. 20:5; Neh. 12:27. La “fiesta de dedicación,” celebrada el día 25 del mes Quisleu, era una conmemoración anual de la purificación y dedicación del templo, después que fue profanado por Antiochus Epífanes 167 A. C., Juan 10:22.

DELILA, *languideciendo*, mujer filistea del Valle de Sorek, a quien Sansón amó, y la que lo traicionó entregándolo a los enemigos de Israel por 5,500 sidos de plata, Jueces 16.

DEMANDAR o TOMAR PRESTADO. Se dice que los Hebreos “demandaron” de los Egipcios, Exod. 3:22; 12:35. La palabra original denota simplemente “pidieron.” Como se sabía que debían irse para siempre de Egipto, es claro que los Egipcios no esperaban que se les devolviesen las cosas que pedían. Las

pidieron por disposición divina, y recibieron sin duda mucho menos de lo que era justa compensación por sus muchos años de duro servicio.

DEMÁS, compañero de Pablo en sus trabajos evangélicos y en la primera prisión que sufrió en Roma, y quien después de algún tiempo lo abandonó, ya sea desalentado por los contratiempos de la obra, o ya incitado por el amor al mundo, Col. 4:14; 2 Tim. 4:10; File. 24. Tenemos la esperanza de que el abandono que hizo de Pablo y de Cristo no haya sido una apostasía final; pero la Biblia deja lo que pasó a este respecto cubierto con un velo tenebroso que debe servirnos de serio escarmiento. “Este mundo presente,” que nos tienta a no seguir a Cristo, es siempre una maldición, y puede ser nuestra ruina.

DEMETRIO, I., platero de Éfeso que hacía en plata modelos del famoso templo de Diana, y los vendía a los extranjeros, Hechos 19:24-41. Observando los progresos del Evangelio no sólo en Éfeso, sino en todas las regiones circunvecinas, reunió a sus compañeros de profesión y les manifestó que por esta nueva doctrina no sólo sufriría detrimento su oficio, sino que el culto de la gran Diana de Éfeso estaba en peligro de ser enteramente abandonado. Esto produjo en la ciudad un alboroto y un tumulto tales, que la autoridad encargada de conservar el orden pudo con dificultad apaciguarlo, valiéndose de la firmeza y de la persuasión.

II. Discípulo y probablemente ministro de alta reputación, 3 Juan 12. Es posible que sea el mismo que fue antes platero de Éfeso; pero de esto no pueden aducirse pruebas en pro ni en contra.

DENARIO, Mat. 18:28; Marc. 6:37, la moneda principal de los Romanos, equivalente a unos 16 centavos. El dracma griego, “pieza de plata,” Luc. 15:8, era poco menos del mismo valor. Una grande hambre se indicaba, Apoc. 6:6, cuando el salario de todo un día podía comprar únicamente unas dos libras de trigo, que constituía la necesidad de un solo hombre; un denario servía comúnmente para comprar una fanega. El denario mostrado a Cristo tenía el retrato y el nombre de Tiberio, Mat. 22:19, 21. Aun el valor nominal del denario se expresaría mejor por el chelín, franco o peseta, así como su valor real para pagar el trabajo y los efectos. La cantidad pagada por el Samaritano de que se habla en Luc. 10:35 tenía un valor por lo menos como de dos pesos de los nuestros.

DERBE, pequeña población de Licaonia, en el Asia Menor, a donde Pablo y Bernabé partieron, dejando a Listra 41 A. D., Hech. 14:20. Estaba al Norte de las montañas de Tauro, 16 o 20 millas al Este de Listra y a corta distancia del paso bien conocido llamado “Las Puertas Cilicianas.” Los dos misioneros aumentaron mucho el número de sus discípulos allí, y entre ellos Gayo, que trabajó después con Pablo, Hech. 14:21; 20:4. Pablo volvió a visitar a Der-be en su segundo viaje, y acaso también en el tercero, Hech. 16:1-4; 18:23; 19:1.

DESECHADO o RÉPROBO, no admitido, por no haber resistido la prueba de dignidad, Jer. 6:30. Se habla de algunos hombres a quienes se tienen como réprobos aun en esta vida, por ser obstinados en el pecado y en la incredulidad, Rom. 1:28; 2 Tim. 3:8; Tit. 1:16.

DESIERTO, Las Escrituras designan generalmente bajo la palabra desierto un lugar sin cultivo, estéril por naturaleza, o una extensión de terreno donde pacen algunos ganados. Algunos desiertos eran enteramente secos y áridos, otros eran bellos y tenían buenos pastos, Joel 2:22. David habla de la belleza del desierto, Salm. 65:12, 13. Las Escrituras mencionan varios desiertos en la Tierra Santa. En Ezeq. 47:8, se llama así al valle del Jordán. Véase Arabah. Otros desiertos de que particularmente se hace mención, son: “aquel grande y terrible desierto,” en Arabia Pétreá, al Sur de Canaán, Deut. 8:15, al

recorrer el cual, durante cuarenta años, los Israelitas llevaban consigo rebaños y ganados, Exod. 12:38; Núm. 11:22; 32:1; también la región que está entre Canaán y el Éufrates, Exod. 23:31; Deut. 11:24. Los potreros de estos desiertos están revestidos en el invierno y en la primavera de rico y tierno herbaje; pero el calor del verano pronto lo quema, y los Árabes se ven obligados a ir a buscar pastos en otras partes. Lugares semejantes a estos inhabitados, se hallaban cerca de muchas de las poblaciones de la misma Palestina; tales como “el desierto de Zif,” de Main, Gabaón, etc. “El desierto de Judá” era la faja montañosa que estaba al Oeste del Mar Muerto, 1 Sam. 17:28; Mat. 3:3. Véase también Luc. 15:4; Hech. 8:26.

DESJARRETAR, inutilizará los animales cortándoles los tendones de las piernas, Jos. 11:6, 9; 2 Sam. 8:4.

DESNUDO o descubiertto en el sentido literal, Gén. 2:25; Job 1:21; Ecl. 5:15; así el Hades y todas las cosas secretas se hallan descubiertas ante Dios, Job 26:6; Heb. 4:13. Muchas veces significa solamente “estar medio vestido.” Pedro llevaba solamente su túnica o vestido interior. Véase Vestidos. En este sentido debe probablemente entenderse en 1 Sam. 19:24; Isa. 20:2; Miq. 1:8; Hech. 19:16. Algunas veces se da a entender la pobreza o insuficiencia de vestidos, como en Sant. 2:15 y esto pasa en Isa. 58:7; 2 Cor. 11:27. Una nación se dice que está descubierta cuando está privada de defensas, y desnuda si lo está de riquezas, etc., Gén. 42:94 Exo. 32:25; 2 Crón. 28:19; Jer. 49:10. Por “desnudez” en la Biblia se da a entender, no solo el acto de estar descubiertto vergonzosamente sino todo pecado, especialmente, la idolatría, Exod. 32:25; Ezeq. 16:36. “Descubrir la desnudez” significa una unión incestuosa, ilegal, Lev. 20:19.

DESPOJOS, o PRESA, botín tomado en la guerra. Una décima parte de todo lo que de ese modo se adquiría, era dedicada a Jehová para el uso de sus sacerdotes, desde la época de Abraham, Gén. 14:20; Heb. 7:4. Después de la victoria de Israel sobre los Madianitas, Moisés por mandato de Dios ordenó que el botín de cautivos y ganados fuese dividido por mitad entre los 12,000 guerreros que habían tornado parte en la batalla, y la masa de Israelitas que no combatieron; previniéndose a los primeros, que dedicasen a Dios una quincuagésima parte del décimo de lo que les correspondía, para los sacerdotes, y a los últimos que diesen también la quincuagésima de su respectiva porción, para los Levitas, Núm. 31:26-47. Se ofrecía también un donativo voluntario de oro, en acción de gracias al Señor, vers. 48-34. Todo este tuvo por objeto probablemente, establecer un precedente para las ocasiones futuras; comp. 2 Sam. 8:6-12; 1 Crón. 26:26, 27. David dispuso que los guarda-equipajes participasen igualmente del botín con los combatientes, 1 Sam. 30:21-25. Como verbo, “despojar” significa muchas veces “saquear,” Gén. 34:27, 29; 1 Sam. 14:36; 2 Reyes 7:16; 2 Crón. 14:14. En Éxodo 3:22; 12:36, la palabra traducida “despojar” y “despojaron,” significa recobrar la propiedad que le ha sido tomada a uno por la fuerza; comp. 1 Sam. 30:18, 22. Cristo despojó los principados y las potestades, cuando por su obra expiatoria privó a Satanás y a sus huestes del poder que tenían para dañar a su pueblo, Col. 2:15. Este verbo significa también “desnudar,” en el sentido de quitarse uno el vestido o la armadura; y por lo mismo algunos interpretan el pasaje citado dándole la significación de que “habiéndose quitado su cuerpo” hizo una manifestación de principados, etc. Pablo amonesta a los Cristianos, usando el mismo verbo, para que no permitan que los sectarios de la filosofía y tradición humana los “despojen” o los cojan por la fuerza, esto es, los lleven cautivos, Col. 2:8. Véase Filosofía.

DESPOSORIO, el compromiso contraído entre un hombre y una mujer para casarse en tiempo determinado. Los padres antiguamente desposaban a sus hijas sin el consentimiento de ellas, aun de muy tierna edad, como sucede todavía en los países orientales. Algunas veces se firmaba un contrato en el cual el novio se comprometía a dar cierta suma en calidad de dote a su novia. El matrimonio no se llevaba a efecto sino hasta que la novia tenía doce años por lo menos; con todo, los esponsales no

podían ser disueltos sino por el divorcio o la muerte, Mat. 1:18-25; Luc. 1:27. Dios habla de desposarse con su pueblo en afecto tierno y empeña su palabra de que todas las promesas que por su gracia les ha hecho, les serán cumplidas, Jer. 2: 2; Oseas 2:19, 20. Los ministros son los instrumentos de esto por medio de la predicación del evangelio. 2 Cor. 11:2.

DEUDOR, el que tiene deudas, ya sean pecuniarias o morales, Mat. 23:16; Rom. 1:14; Gál. 5:3. Si la casa, el ganado o los bienes de un Hebreo no eran suficientes para pagar sus deudas, podía el acreedor apropiarse su tierra con ese fin, hasta el año de jubileo, y podía reducirlo a la esclavitud hasta que le pagase con su trabajo lo que le debía, o hasta el año de jubileo, que en todo caso ponía término a la esclavitud hebrea, Lev. 25:29-41; 2 Reyes 4:1; Neh. 5:3-5. Véanse también las restricciones impuestas al derecho del acreedor en Deut. 24:6, 10-13. En tiempo de Cristo las prisiones por deudas habían venido a convertirse en costumbre, Mat. 18:34.

DEUTERONOMIO, segunda ley, o la repetición de la ley, el quinto libro del Pentateuco, llamado así por los Griegos, porque en él recapitula Moisés lo que había ordenado en los libros precedentes, Deut. 1:1-6; 29:1; 31:1; 33, etc. Este libro contiene la historia de lo que pasó en el desierto desde el principio del undécimo mes hasta el día siete del duodécimo del año cuadragésimo, contado desde el en que los Israelitas salieron de Egipto, comprendiendo por lo menos un espacio como de seis semanas, 1451 A. C. La parte en que se habla de la muerte de Moisés fue añadida después, muy probablemente por Josué.

El libro del Deuteronomio es la sublime y preciosa despedida del inspirado “hombre de Dios,” venerable entonces por su edad y su experiencia, y cuando estaba ya casi en la puerta del cielo. Él le da al pueblo de Dios sus consejos y sus bendiciones paternales, y en seguida sube al Monte Pisga sólo, a morir. Se refiere a la conducta de Dios para con ellos, caps. 1-4; recapitula sus leyes, caps. 5-26; les patentiza porqué deben amarle y cómo deben servirle, caps. 27-34. Está lleno de tierna solicitud, de sabias enseñanzas, de fieles amonestaciones y del celoso amor que un patriota y un profeta siente por el pueblo de Dios, a quien él había llevado tanto tiempo en el corazón. Se cita con frecuencia por los escritores inspirados que existieron después, y por nuestro Señor, Mat. 4:4, 7, 10.

DÍA, Esta palabra se usa en varios sentidos, denotando ordinariamente una completa revolución de la tierra sobre su eje. El día civil es aquel cuyo principio y fin han sido determinados por la costumbre de alguna nación. Los Hebreos comenzaban su día en la tarde, Lev. 23:32, los Babilonios en la salida del sol, y nosotros lo empezamos a media noche. El día natural es el tiempo que el sol permanece sobre el horizonte, siendo desigual en diferentes latitudes y estaciones, con motivo de la oblicuidad del ecuador. Las Escrituras Sagradas dividen generalmente el día en doce horas. La hora sexta siempre termina al medio día en todo el año; y la duodécima es la última antes de ponerse el sol. Pero en el verano todas las horas del día eran más largas que en el invierno, mientras que las de la noche eran más cortas. Véase Hora, y Tres.

La palabra día se usa también a menudo para designar un periodo indeterminado. Véase Creación. Y se aplica al tiempo de la venida de Cristo en la carne y al de su segunda venida al juicio, Isa. 2:12; Ezeq. 13:5; Juan 11:24; 1 Tes. 5:2.

El “día” profético comúnmente se ha entendido que es un año; y el año o “tiempo” profético, es un periodo de 360 años, Ezeq. 4:6. Compárense los tres y medio tiempos de Dan. 7:25 con los 42 meses y 1,260 días del Apoc. 11:2, 3. Véase Sábado.

DIABLO, I., ángel caído, y particularmente el jefe de ellos, el diablo o Satanás. Es el gran caudillo del mal en el mundo, y su gran objetivo es contrarrestar el bien que Dios se propone hacer. Se esfuerza especialmente, con sus ángeles, en impedir que las almas de los hombres abracen la salvación que se les ofrece por medio de Jesucristo.

Su nombre, derivado del griego *diábolos*, significa falso acusador, calumniando a Dios con los hombres, como en Gén. 3, y a los hombres, especialmente a los buenos, con Dios, Job 1:9, 10; Zac. 3:1; Apoc. 12:10; así como el hebreo *Salan* significa adversario, tanto de Dios como del hombre. Pero las Escrituras le dan otras varias denominaciones descriptivas de su carácter. Se le llama en ellas “el príncipe de este mundo,” Juan 12:31, “el príncipe de la potestad del aire,” Efes. 2:2; “el dios de este siglo,” 2 Cor. 4:4; “el dragón, aquella serpiente antigua,” Apoc. 20:2; “el maligno,” 1 Juan 5:18; “un león bramando,” 1 Ped. 5:8; “un homicida,” “un mentiroso,” Juan 8:44; “Beelzebú,” Mat. 12:24; “Belial,” 2 Cor. 6:15. En todas partes se le muestra como lleno de malignidad, crueldad y engaño, aborreciendo a Dios y al hombre. Son incesantes los esfuerzos que hace para destruir las almas, y se sirve de innumerables ardidés para acomodar sus tentaciones a la diversidad de caracteres y condiciones de los hombres, induciendo a los malvados y aun a los buenos, así como a los ángeles que tiene bajo su potestad, a que le secunden en esa obra. Casi todo el mundo ha estado sujeto a ese imperio; pero es un enemigo sentenciado. “Cristo quebrantará la cabeza de la serpiente,” le quitará la posesión del mundo como le ha quitado la de los individuos, y por último lo confinará por siempre en el lugar preparado para él y para sus ángeles, Mat. 25:41.

II. La palabra “demonios,” en los evangelios, es la traducción de una palabra griega, diferente de la usada para denotar el diablo. Véase Ídolos. La Biblia habla “del diablo y sus ángeles,” Mat. 25:41; Apoc. 12:7, 9, y de Satanás como “el príncipe de los demonios,” Mar. 3:22-30, representando a los últimos semejante a su jefe en sus acciones y en su naturaleza de ángeles caídos, Luc. 10:17, 18. En los evangelios son espíritus “inmundos,” llenos de activa malignidad; creen y tiemblan, Sant. 2:19; confiesan la deidad de Cristo, ceden a su autoridad y temen su juicio venidero, Mat. 8:29; Luc. 4:41; Hech. 19:15. Véanse también Efes. 6:12; Apoc. 12:7-9. La palabra demonios se aplica también algunas veces a los ídolos, intimando el interés especial que los espíritus malignos tienen en las “maravillas mentirosas” y en la abominación del culto de los ídolos, Deut. 32:17; 1 Cor. 10:20, 21; Apoc. 9:20.

Hay muchos ejemplos en el Nuevo Testamento, de personas poseídas por demonios, y a estas con frecuencia se les llama “demoniacos” o “endemoniados.” Algunos arguyen que no eran sino víctimas de enfermedades naturales, tales como epilepsia, demencia, etc., y que no estaban poseídos de espíritus malignos; pero a los endemoniados se les distingue con claridad de los que padecían de epilepsia o de alguna otra enfermedad, Mat. 4:24; Mar. 1:32; 16:17, 18; Luc. 6:17, 18; y nuestro Salvador habla y manda a los demonios que excitaban a los poseídos, los cuales demonios contestaban con conocimiento sobre-humano, reconocían al Hijo de Dios, obedecían sus mandatos, y daban pruebas de su presencia atormentando a aquellos a quienes estaban obligados a abandonar. Cristo alega como prueba de su misión, que los demonios están arrojados fuera; promete a sus apóstoles el mismo poder que había ejercido contra esos espíritus malignos, Mat. 10:1, 8; Luc. 9:1; y sus conversaciones con los judíos y sus discípulos cuando estaban solos con él, implican la agencia de espíritus malos en los endemoniados, Mat. 12:22-29; 17:18-21. Nadie por lo mismo puede negar este hecho sin negar la inspiración de las Escrituras y la probidad de Cristo.

No se presentan casos de esa naturaleza en la actualidad. Se permitió que ocurriesen en tiempo de Cristo, puesto que él vino a salvar tanto el cuerpo como el alma de los hombres, y “a destruir las obras del diablo,” y tenía necesidad de manifestar un poder salvador curando las enfermedades, perdonando

los pecados, y expulsando los demonios, Mat. 12:28; Luc. 10:17, 18; 1 Juan 3:8. Los poseídos se habían atraído probablemente los espíritus malos con sus vicios y crímenes, que les habían también acarreado las enfermedades que en tantos casos se hallaron entre los poseídos por los demonios.

En todos los pasajes del Nuevo Testamento en que ocurre “demonios,” no se denota Satanás; ni tampoco cuando ocurre la palabra “demonio” en singular, tales como en Mat. 9:31; 11:18; 15:22; 17:18; Mar. 5:15, 16, 18; 7:26, 29, 30; Luc. 4:33, 35; 7:33; 8:29; 9:42; 11:14; Juan 7:20; 8:48, 49, 52; 10:20, 21.

En todos los otros en que ocurre “diablo” en singular, denota en el original, Satanás, (*Húbolos*, a saber: Mat. 4:1, 5, 8, 11; 13:39; 25:41; Luc. 4:2, 3, 5, 6, 13; 8:12; Juan 6:70; 8:44; 13:2; Hech. 10:38; 13:10; Efes. 4:27; 6:11; 1 Tim. 3:6, 7; 2 Tim. 2:26; Heb. 2:14; Sant. 4:7; 1 Ped. 5:8; 1 Juan 3:8, 10; Judas 9; Apoc. 2:10; 12:9, 12; 20:2, 10.

DIACONO, el que asiste, auxilia o ayuda, traducido algunas veces por ministro, como en 2 Cor. 6:4; Efes. 3:7. Los diáconos se mencionan primero como funcionarios de la iglesia cristiana en Hechos 6; sus deberes eran cobrar las limosnas de la iglesia y distribuirlas entre todos aquellos que tuvieran derecho a ellas; visitar a los pobres y a los enfermos, a las viudas, a los huérfanos y a los que sufrían bajo la persecución, y administrarles todos los auxilios y consuelos necesarios y oportunos. De los siete que allí se nombran, Felipe y Esteban se hallan después trabajando como evangelistas. Las cualidades que deben tener los diáconos se especifican en 1 Tim. 3:8-12, y las de los obispos en los versículos precedentes.

DIACONISA. En los primeros tiempos de la iglesia cristiana, si es que no en los apostólicos, se llamaban diaconisas aquellas mujeres que servían a la iglesia, desempeñando las funciones que no podían encomendarse con propiedad a los diáconos, tales como cuidar las puertas de aquella parte de la iglesia en donde las mujeres se sentaban, instruir privadamente a las de su sexo, y visitar a las enfermas y a las que sufrían prisiones por la fe. En Rom. 16:1 se dice que Febe era diaconisa de la iglesia de Cencreas. Véase también 1 Tim. 5:9-16.

DIADEMA, en el Nuevo Testamento, la corona de los reyes distintiva de la de los conquistadores, Apoc. 12:3; 13:1; 19:12.

DIAMANTE, la más dura y brillante de las joyas, muy rara y costosa, que se supone no fue conocida por los judíos. Los diamantes se usan no sólo como adornos, sino para cortar y grabar las sustancias duras, Jer. 17:1. La palabra hebrea *sharnir*, usada en este pasaje, se llama “diamante” también en Ezeq. 3:9; Zac. 7:12, y puede significar el esmeril. Hay otra palabra hebrea, *yahalom*, traducida igualmente por diamante en Exod. 28:18; 39:11; Ezeq. 28:13, y que por algunos se cree significa topacio.

DIANA o ÁRTEMIS, célebre diosa de los Griegos y los Romanos, y una de sus doce deidades superiores. La Diana de Éfeso era sin embargo una deidad muy diferente de la hermosa y casta cazadora de los Griegos; esta era como la diosa siria Astoret y parece haber sido venerada con ritos impuros y misterios mágicos, Hechos 19:19.

Su imagen desprendida de Júpiter desde el cielo, según la fábula, parece haber sido un trozo cónico de madera desde la cintura hasta los pies, con un busto de mujer en la parte superior, cubierto con muchos pechos, coronada su cabeza con torrecillas y con cada una de sus manos apoyada en un báculo. Era muy antigua y venerada en alto grado. El templo de esta diosa era orgullo y gloria de Éfeso. Tenía 425 pies de largo, y 220 de ancho, y 127 columnas jónicas de graciosa forma, hechas de mármol blanco, y de 60 pies

de altura cada una de ellas. Sus tesoros eran de inmenso valor. Se emplearon 220 años en su construcción, y se tenía como una de las siete maravillas del mundo. En el año en que nació Alejandro el Grande, 356 A. C., había sido quemado su templo más antiguo por un tal Heróstrato, que así quiso inmortalizar su nombre; pero fue reconstruido después, como se ha descrito arriba, aun con mayor esplendor. Compare 1 Cor. 3:9-17, escrita en Éfeso, y Efes. 2:19-22. Los templecillos para Diana hechos por Demetrio y otros, eran probablemente pequeñas copias del templo, para usos domésticos y para venderlos a los viajeros y visitantes. Las antiguas monedas de Éfeso representaban la urna y la estatua de Diana, con una inscripción griega “de los Efesios.” Hech. 19:28, 34, 35. Otros llevan las mismas palabras que Lucas emplea, traducidas “procónsul” y “adorador” de Diana; y algunas con el nombre y la cabeza de Nerón, fueron acuñadas quizá cuando Pablo estuvo allí.

DIBÓN, desfallecimiento, I, Dimón, Isa. 15:9, y Dibón-gad, Núm. 33:45, 46, ciudad de Gad, Núm. 32:34, pero después de Rubén, Jos. 13:17. Quedaba situada en una llanura precisamente al Norte del Arnón, y fue el primer campamento de los Israelitas al cruzar ese río. Después la hallamos en manos de los Moabitas, Isa. 15:2; Jer. 48:22. Quedan vestigios de ella en un lugar que ahora se llama Dibán. Véase Mesa.

II. Ciudad en Judá, Neh. 11:25. Llamada Dimona en Jos. 15:22.

DICLA, tribu descendiente de Joctán, Gén. 10:27, y que habitaba en la Arabia Meridional, o quizás cerca de la parte Septentrional del Golfo Pérsico. 1 Crón. 1:21.

DIENTES. La referencia de las Escrituras al “crujir de dientes,” expresión de rabia y de angustia, Mat. 8:12; 24:51; Luc. 13:28; “limpieza de dientes” por causa de la falta de alimento, Amós 4:6; y la pérdida de un diente por haber causado la de otro, Lev. 24:20, son de fácil comprensión; así como la relación íntima entre padres e hijos en la culpa y en el castigo, expresada de una manera tan peculiar en Ezeq. 18:2-13.

DIEVEOS, pueblo de más allá del Éufrates, de donde salieron los colonos para Samaria, Esdras 4:9; y que se supone es el de Daba que está al este del mar Caspio, bajo el gobierno persa.

DIEZMOS, décima parte, la porción de la renta de un hombre dedicada desde los tiempos más remotos a fines sagrados, Gén. 14:20; 28:22. Diezmos de dos clases se exigían a todos los ciudadanos judíos. El primero consistía en la décima parte del producto de sus campos, árboles y ganados, que debía darse a Dios como a soberano dueño de todas las cosas y como a Rey de los judíos, Lev. 27:30-32; 1 Sam. 8:15, 17. Los productos de esta contribución se dedicaban al sostenimiento de los Levitas en sus ciudades respectivas, Núm. 18:21-24. Se podía pagar dicha contribución en dinero, añadiendo un quinto a su valor estimado. Los Levitas le pagaban a los sacerdotes una décima parte de lo que recibían, Núm. 18:26-28. El segundo diezmo exigido de los propietarios de terrenos era la décima parte de las nueve que quedaban después de pagada la primera contribución, para gastarla en el tabernáculo o el templo, en hospedar a los Levitas, en su propia familia, etc., cambiándolo primero por dinero, si por razón de la distancia del lugar de su residencia preferían hacerlo así, Deut. 12:17-19, 22-29; 14:22-27. Cada tercer año se hacía provisión especial para los pobres, sea tomándola de este segundo diezmo o como agregado a él, Deut. 14:28, 29; 26:12-15. Estos diezmos no eran gravosos; por el contrario, el Israelita piadoso se consideraba más rico pagándolos, no obstante que parece que las leyes no obligaban a su pago con ningún castigo. Véanse las promesas hechas a los que obedecían, Deut. 28:1-13. El sistema de diezmos fue renovado antes y después del cautiverio, 2 Crón. 31:5, 6, 12; Neh. 10:37, 38; 12:44; 13:5, 12; mas no eran siempre pagados con regularidad, razón que motivó el retiro de la bendición divina,

Mal. 3:8-12. Durante un periodo posterior, los diezmos parece que han sido divididos en tres partes: una que se daba a los sacerdotes y a los Levitas, otra para las provisiones del templo, y la última para los necesitados de Jerusalén. Pagaban los Fariseos sus diezmos con escrupulosidad ejemplar; pero se olvidaban de los deberes más importantes del amor a Dios y a los hombres, Mat. 23:23.

El principio de los antiguos diezmos, a saber: que los ministros del evangelio y las instituciones de benevolencia deben ser sostenidos por todo el pueblo de Dios, en proporción a sus recursos, está reconocido en las Sagradas Escrituras como aplicable a todos los discípulos de Cristo. Él mandó a sus siervos, de dos en dos, sin provisiones ni alforjas, a fin de que recibieran su sustento del pueblo, pues que “todo trabajo requiere salario,” Mat. 10:9-14; Luc. 10:4-8, 16. Pablo también arguye de la misma manera, 1 Cor. 9:13, 14; Gál. 6:6. Aconsejó a los Corintios y virtualmente a todos los Cristianos, que separasen de su renta el primer día de la semana para instituciones de piedad y beneficencia, en proporción a la prosperidad que les hubiere venido del Señor, 1 Cor. 16:2. No cabe duda de que los primitivos Cristianos daban más liberalmente de lo que tenían, que los antiguos judíos, Hechos 4:34-37; 2 Cor. 8:1-4.

DILUVIO, aquella inundación universal que fue enviada sobre la tierra en tiempo de Noé, y de la cual no se salvaron más que ocho personas. La relación de Moisés sobre este acontecimiento se registra en Gén. 6-8. Véase Arca de Noé. Los pecados del género humano fueron la causa del diluvio, y la mayor parte de los comentadores lo fijan en 1656 A. M. 2348 A. C. Después que se cerró la puerta del arca sobre los que tenían que salvarse, comenzó el diluvio: llovió durante cuarenta días; “las fuentes del abismo se rompieron y las ventanas del cielo se abrieron.” Todos los hombres y todas las criaturas vivientes de la tierra perecieron, excepto Noé y los que estaban con él. Por cinco meses las aguas continuaron creciendo y alcanzaron quince codos sobre las más altas cumbres, a las cuales pudieron algunos huir en busca de refugio; “un océano sin playas rodaba sobre el mundo.” Por último las aguas empezaron a disminuir, el pico más elevado de la tierra apareció, y el arca descansó en el monte Ararat. A los tres meses, los cerros comenzaron a descubrirse. Cuarenta días después Noé investigó cual era el estado de la superficie de la tierra, enviando un cuervo, y en seguida por tres veces una paloma, con intervalos de una semana. Finalmente quitó la cubierta del arca y halló que el diluvio había desaparecido; salió del arca, levantó un altar y ofreció sacrificios a Dios, que designó el arco-iris como prenda de que no volvería a destruir jamás el género humano con un diluvio. Véase Noé.

Mucho empeño se ha tomado en la investigación de las causas naturales adecuadas a la producción del diluvio; pero debemos precavernos de esforzarnos en explicar por medio de principios naturales aquello que la Biblia representa como milagroso. No puede negarse que la ciencia moderna descubre muchas razones para dudar de la universalidad del diluvio, tales como la aparente imposibilidad de hallar espacio y alimento suficiente en el arca para el inmenso número de diferentes animales que ahora se sabe que existen; la aparente certeza de que todos los peces de agua dulce habrían perecido en el océano, y con ellas las inmensas especies de animales anfibios que no pueden vivir sino es en las riberas de los ríos; así como también la de que el agua del mar habría destruido toda la vida vegetal que hay en la tierra. Y muchos de los amigos sinceros de la Biblia creen que el diluvio cubrió sólo aquella porción del globo ocupada entonces por el hombre. No hay sin embargo prueba de esto; los milagros requeridos para ello, por muchos y grandes que hayan sido, le fueron a Dios fáciles como los que sabe que se efectuaron; y algunos intérpretes excelentes se adhieren al sentido natural de la narración inspirada. En el Nuevo Testamento se habla del diluvio como de una estupenda manifestación del poder divino, como lo fue la creación y lo será el incendio final del mundo. Se aplica a la comprobación de la paciencia de Dios y a la seguridad que se nos da de su juicio del pecado, 2 Ped. 3:5-7, y de la segunda venida de Cristo, Mat. 24:38.

Puesto que todas las familias han descendido de la preservada entonces en el arca, es natural que la memoria de tal acontecimiento se halla perpetuado en varias tradiciones nacionales; lo que en efecto encontramos. Estas tradiciones se han hallado entre los Egipcios, Caldeos, Fenicios, Griegos, Hindús, Chinos, Japoneses, Scitas y Celtas, y en el hemisferio occidental entre los Mexicanos, los Peruanos y los Isleños del mar del Sur.

DINA, juzgada, hija de Jacob y de Lea, Gén. 30:21, su hija única mencionada en las Escrituras. Cuando la familia de Jacob moraba cerca de Salem, Dina inadvertidamente se asoció con las doncellas cananeas y fue víctima de los ardides seductores de Siquem, joven príncipe de aquella tierra; pero fue vengada de una manera pérfida y salvaje por Simeón y Levi, hermanos carnales suyos, con gran pesar de Jacob su padre, Gén. 34; 49:5, 7. Su caída nos sirve de uno de tantos miles de ejemplos que deben servir de escarmiento para evitar el asociarnos con gente irreligiosa y disoluta. Parece que ella fue con la familia a Egipto, Gén. 46:15.

DINERO. Véanse Medidas y las Tablas del Apéndice. En los tiempos primitivos y entre las razas no civilizadas, el trueque o simple cambio de un artículo por otro precedió al uso de algún medio determinado de cambio. Después se usó el ganado como dinero, y también el grano, la sal, el tabaco, etc. Cuando el oro, la plata y el cobre comenzaron a usarse, no eran acuñados, sino pesados, Gén. 13:2; 20:16; Jos. 7:21; Isa. 46:6; y la cantidad contenida era pagada por el peso, Gén. 23:16; 43:21; Exod. 30:24. Posteriormente se dio a este metal por la autoridad pública cierta marca, cierto peso y cierto grado de ley para fijar su valor y evitar a los compradores y vendedores la molestia de examinar y pesar las monedas. Las monedas griegas estaban probablemente en uso en el siglo 80 A. C. Las monedas persas vinieron más tarde, siendo la dracma de oro la primera moneda conocida que se usó por los judíos, Esdr. 2:69; 8:27; Neh. 7:70-72. La primera acuñación regular hecha entre los judíos se supone que fue en tiempo de Simón Macabeo, menos de siglo y medio antes de Cristo. Las monedas eran el sido, el medio sido, el tercio y el cuarto de sido. Las monedas judías llevaban grabada una vara de almendro y un vaso de maná, pero no era permitida la imagen de ningún hombre. Compare Mat. 22:16-22. Muchas monedas griegas y romanas circulaban en Judea en los tiempos del Nuevo Testamento. Véanse Medidas, Maravedí. Denario, Siclo.

Volney dice, "La práctica de pesar el dinero es general en Siria, Egipto y toda la Turquía. Ninguna pieza, por borrada que esté, se rehúsa allí; el comerciante saca su balanza y la pesa, como en la época de Abraham, cuando este compró su sepulcro. En los pagos considerables se envía un agente de cambio que cuenta paras por miles, rechaza las piezas de moneda falsa y pesa todos los requies, ya por separado, ya juntamente." Esto puede servir para ilustrar la frase "dinero de buena ley entre mercaderes," Gén. 23:16, y las referencias a "diversas pesas" una grande para pesar el dinero recibido, y una chica para pesar el que se paga, y a "engañosas pesas," Deut. 25:13; Amós 8:5; Miq. 6:11. Nuestro Señor alude a una clase de "cambiadores" que parece tomaron dinero en depósito y lo emplearon de manera que el dueño lo recibiese después con intereses, Mat. 25:27. Había también corredores de dinero que se estacionaban en el atrio exterior del templo, probablemente para cambiar monedas extranjeras por judías, y para servir a los que querían pagar el impuesto de medio siclo anual, Ex. 30:13-15, o presentar una ofrenda. Fueron expulsados del Templo por el Señor, no sólo por introducir un negocio secular dentro del templo de la oración, sino también por hacerlo sin probidad, Mat. 21:12, 13; Mar. 11:15-17.

En 1 Tim. 6:10 Pablo habla del amor al dinero, como la raíz de todos los males; censurando, no el dinero en sí mismo, sino el amor a él, que es una forma dominante del egoísmo humano y de la codicia. Esta

fatal pasión puede infestar el corazón de un pobre, de la misma manera que el de un rico, porque el uno puede tener tanto amor al dinero como el otro.

DINTEL o “parte superior de la puerta,” el atravesano que corona las dos partes laterales de una puerta, Exod. 12:7, 22, 23; 1 Rey. 6:31, o el chapitel saliente de una columna, Amós 9:1; Sof. 2:14. Véase Pascua.

DIONISIO, *devoto a Baco*, miembro del tribunal del Areópago en Atenas, convertido bajo la predicación de Pablo, Hechos 17:34. Véase Areópago. La tradición dice que fue eminente por su instrucción, que fue ordenado por Pablo en Atenas, y que después de muchos trabajos y penalidades sufrió el martirio del fuego. Las obras que se le atribuyen son espurias, siendo producciones de algún escritor desconocido del siglo quinto o sexto.

DIOS. Este nombre, cuya derivación es incierta, se lo damos a ese Ser eterno, perfecto, infinito e incomprensible, creador de todas las cosas, que conserva y gobierna todo con su omnipotencia y sabiduría, y es el único objeto digno de adoración. En nuestras Escrituras, Dios es traducción de varias palabras hebreas y griegas: i. ÉL, el poderoso, Gén. 14:18; 16:13; 17:1, etc. 2. *Elohím*, Deut. 32:15; Neh. 9:17 etc., forma plural de la palabra *Eloáh* (usada en Job y Daniel) que expresa la excelencia y majestad del verdadero Dios. 3. Jehová, Señor, traducida Dios en la Biblia, cuando está precedida de otra palabra hebrea que se traduce Señor. 4. El griego *Theos*. 5. El griego *Kurios*, Hechos 19:20, traducido comúnmente Todas estas palabras, excepto Jehová, se aplican en algunos casos tanto a los ídolos como al verdadero Dios. Otros nombres hebreos aplicados a la Deidad, pero que no se traducen Dios, son Elyon “el Alto,” Gén. 14:22; Shadai “el Todopoderoso,” Gén. 17:1; Adonai, “Señor.” Él nombre propio hebreo para Dios, es JEHOVÁ, que significa él es. Pero los judíos, por un sentimiento de reverencia, evitaban pronunciar este nombre, sustituyéndolo siempre que se presentaba en el sagrado texto con la palabra *Adonai*, Señor; excepto en la expresión Adonai Jehovah, Señor Jehová, en lugar de la cual ponían Adonai Elohím, Señor Dios. Este uso que no carece de algo de superstición, es muy antiguo, datando su origen de algunos siglos antes de Cristo; pero no hay buen fundamento para presumir que existió en la época de los escritores inspirados del Antiguo Testamento. La palabra Jehová se halla en el registro de piedra formado por el rey Mesa, la cual prueba que este nombre del Dios de los Hebreos no les era entonces desconocido a los extranjeros. Compare Jos. 2:9, 10. En Exod. 3:14, Dios contesta a Moisés cuando éste le pregunta su nombre, Yo soy quien soy; lo cual implica la eterna existencia propia de Jehová y su incomprensible naturaleza. La palabra traducida Yo soy, significa lo mismo que Jehová, usándose la primera persona en lugar de la tercera. Según Delitzsch, el nombre primitivo era Jah o Jahu, forma que a menudo aparece en ciertos nombres propios compuestos.

La Biblia da por sentado y afirma la existencia de Dios, “En el principio Dios creó los cielos y la tierra,” y es en sí misma la prueba más concluyente de su existencia, así como nuestro principal instructor en cuanto a su naturaleza y voluntad. Pone una voz en los mudos labios de la creación, y no solamente revela a Dios en sus obras, sino que comprueba sus caminos en la providencia, hace patentes las glorias de su carácter, su ley y su gracia, y trae al hombre a la verdadera y salvadora comunión con él. Nos lo revela como un espíritu, como el único Sér que por su naturaleza es sempiterno, independiente o sin derivación de otra cosa, infinito, perfecto e inmutable en poder, sabiduría, omnisciencia, omnipresencia, justicia, santidad, verdad, bondad y misericordia. Él no es sino un Dios, y sin embargo existe en tres personas; el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; y esta distinción de los Tres en Uno existe como uno de sus atributos desde la eternidad. Es el principio, dueño y regulador de todos los seres; provee y predetermina todos los acontecimientos, y es el juez eterno y árbitro del destino de todo. La verdadera religión tiene una base en el propio conocimiento de Dios, y consiste en amarle y obedecerle fielmente. Véase Jesucristo, Espíritu Santo, Trinidad.

DIOSES. La palabra dios y dioses, en hebreo *Elohím*, se usa muchas veces en las Escrituras para expresar el poder, cargo o excelencia de algunos seres creados, como ángeles, magistrados, Éxodo 22:20, 28; Salm. 86:8; 97:7; también a menudo para designar los dioses falsos de los gentiles. Estos eran extraordinariamente numerosos, y se denotan con varios términos que significan vanidad, falsedad, etc. Entre los primeros objetos deificados se contaban el sol, la luna y los principales elementos de la naturaleza. Innumerables animales, hombres muertos, todas las edades, pasiones y condiciones del hombre, y todo aquello que pudiese sugerir temor, sensualidad, malicia, orgullo o capricho, se había hecho objeto de adoración. Los dioses de la India moderna se cuentan por millones.

DIOS, NO CONOCIDO; Uno, no Él, en Hechos 17:23; no Jehová, sino una divinidad supuesta que había protegido a los Atenenses, se aclamaba, en tiempo de sufrimiento general.

DIÓTREFES, alimentado por Júpiter, un miembro influyente, acaso ministro de alguna de las iglesias primitivas, censurado por Juan con motivo de su celosa ambición y de su violenta repulsa de los mejores cristianos, 3 Juan 9, 10.

DISCÍPULO, alumno, Mat. 10:24. En el Nuevo Testamento se aplica principalmente a los que seguían a Cristo; algunas veces a los que seguían a Juan el Bautista, Mat. 9:14, y a los que seguían a los Fariseos, Mat. 22:16. Se usa de un modo especial para designar a los doce, Mat. 10:1; 11:1; 20:17. Un discípulo de Cristo puede ahora definirse diciendo que es aquel que cree en su doctrina, descansa en su sacrificio, se embebe en su espíritu, imita su ejemplo, y vive para servirle.

DISCRECIÓN DE ESPÍRITUS, 1 Cor. 12:10, don milagroso del Espíritu Santo concedido a ciertos miembros de la iglesia primitiva, que les daba la facultad de juzgar acerca del carácter real de aquellos que profesaban amar a Cristo y ser inspirados para enseñar en su nombre, 1 Juan 4:1; 2 Juan 7. Véanse Hechos 5:1-10; 8:21; 13:6-12.

DISPENSACIÓN, el cargo de proclamar el evangelio de Cristo, 1 Cor. 9:17; Efes. 3:2. También el plan de la conducta de Dios para con los hombres. En las dispensaciones patriarcal, mosaica y cristiana, Dios ha comenzado, ensanchado y perfeccionado la revelación de él mismo y de su gracia a este mundo, Efes. 1:10; Col. 1:25. El completo desarrollo de su gran plan ha sido gradual y adaptado en todas sus formas a las circunstancias respectivas en que se hallaba la familia humana.

DIVORCIO, fue tolerado por Moisés cuando era motivado por razones suficientes, Deut. 24:1-4; pero nuestro Señor lo ha limitado al solo caso del adulterio, Mat. 5:31, 32; 19:3-9. Cuando por otras causas ocurre una separación entre marido y mujer, aun cuando vivan lejos el uno del otro, no por esto está en libertad ninguno de los cónyuges de casarse con otra persona. Pablo en 1 Cor. 7:10-17, aplica la ley de Cristo a casos en que un cristiano convertido tenga una esposa aún incrédula; no debe separarse de ella, si ella quiere permanecer a su lado; si desea separarse, él no está obligado a insistir en que permanezca con él; pero no puede casarse con otra.

DOCTOR, maestro. Un doctor de la ley puede quizá distinguirse de un escriba, en que enseña oralmente, en lugar de dar opiniones escritas, Luc. 2:46. Designa al que es experto en la ley divina. Los doctores de la ley pertenecían en su mayor parte a la secta de los Fariseos; pero se distinguen de ellos en Luc. 5:17, en donde aparece que la novedad de las doctrinas de nuestro Salvador hizo que se reuniese una gran compañía tanto de Fariseos como de doctores de la ley. Véase Rabí y Escribas.

DOCTRINA, *enseñanza*, su método y su sustancia, Mat. 7:28; Mar. 4: 2.

DOCTRINAR o enseñar, en Mat. 28:19; Hechos 14:21 “haced discípulos” de todas las naciones. Los que son “enseñados por Dios,” Isa. 54:13, habiendo “aprendido del Padre,” vienen a Cristo, Juan 6:45; siendo uno de los principales deberes del creyente, el impartir a toda criatura” y hasta donde sea posible este conocimiento salvador de Cristo. Había cierta clase de hombres llamados “doctores,” Efes. 4:11, que probablemente se ocupaban de explicar en lo privado las doctrinas y los deberes cristianos, ocupando en la iglesia un lugar equivalente al de los sabios rabinos de la sinagoga. Rom. 12:7.

DODANIM, o Rodanim, 1 Crón. 1:7, pueblo descendiente de Jafet por la línea de Faraón, Gén. 10:4. Está asociado por el pasaje citado y por inferencias etimológicas, aunque no muy claras, con la isla de Rodas.

DOEG, *temeroso*, Edomita, administrador de los rebaños de Saúl. En Nob, presencié el auxilio prestado bondadosamente a David, cuando iba huyendo de Saúl, por Ahimelec el Sumo Sacerdote, y llevó una maliciosa y torcida relación de él a su amo. El rey aprovechó con gusto la oportunidad de ejercer su venganza sobre una víctima indefensa; y cuando los judíos que lo rodeaban rehusaron asesinar a los sacerdotes de Dios, se valió de una manera infame de los servicios que voluntariamente le ofreció para ello este extranjero y pagano. Doeg no sólo les dio la muerte a Ahimelec y a otros ochenta y cuatro sacerdotes, sino que pasó a cuchillo la ciudad en que ellos habitaban,

1 Sam. 21; 22. David pronostica el castigo que por su crimen le esperaba, Salm. 52; 120; 140.

DONES ESPIRITUALES, 1 Cor. 12:1, las cualidades milagrosas conferidas por el Espíritu Santo a los primitivos creyentes en Cristo. Compare vers. 3-11.

DOR, *habitación*, ciudad real de los Cananeos en el Mediterráneo, entre Cesárea y el monte Carmelo; después de la conquista fue asignada a Manasés, Jos. 11:2; 12:23; 17:11; 1 Rey. 4:1 1; 1 Crón. 7:29. Ahora hay un pequeño huerto allí y un pueblo con cosa de trescientos habitantes, llamado Tantura.

DORCAS, en griego, lo mismo que Tabita en Siriaco, esto es gacela, nombre de una piadosa y caritativa mujer de Jopa, a quien Pedro resucitó, Hechos 9:36-42. Este milagro puso de manifiesto la aprobación especial que Dios da a una vida práctica de piedad abnegada, y fue seguido por muchas conversiones.

DOTÁN, o Dotain, *dos pozos*, el lugar donde José fue vendido a los Ismaelitas, Gén. 37:17, y en donde los Sirios fueron heridos de ceguera por la palabra de Elíseo, 2 Reyes 6:13. Estaba en el camino que seguían las caravanas de Siria a Egipto, como a quince millas al norte de Siquem, y cuatro o cinco al sudoeste de Enganim, ahora Jenim. Sus ruinas llevan todavía su antiguo nombre de Dotain, aunque inhabitadas, y están en un gran cerro, 2 Rey. 6:15, 17; en el extremo sur de una llanura muy fértil, Gén. 37:16, 17. El Señor Tristram encontró allí una larga caravana de mulas y de asnos cargados, en su camino de Damasco a Egipto.

DOTÉ. En los países orientales, el novio estaba obligado a pagar al padre de su prometida una porción estipulada en moneda u otros valores, proporcionada al rango y condición de la familia a que pertenecía, y esto era la dote. Jacob compró a sus esposas con los servicios que le prestó al padre de ellas, Gén. 29:18-27; 34:12; Exod. 22:16, 17; 1 Sam. 18:25; Oseas 3:2. Algunas veces el padre le hacía regalos a su hija, Jue. 1:15; 1 Reyes 9:16.

DRACMA, Edras 2:69; Neh. 7:70; moneda de oro de Persia, de un valor como de cinco pesos.

DRAGÓN, corresponde en la Biblia a la palabra hebrea que significa monstruo marino, serpiente enorme, etc.; en Gén. 1:21, "ballenas." Así en Deut. 32:23; Jer. 51:34; Salm. 91:13, y Apoc. 12, evidentemente designa una serpiente de gran tamaño. En Isa. 27:1; 51:9; Ezeq. 29:3; 32:2 puede significar el cocodrilo o algún monstruo marino corpulento. Una palabra hebrea distinta se usa en Job 30:29; Isa. 13:22; 34:13; 43:20; Jer. 9:11; 10:22; 14:6; 49:33 51:37; Lam. 4:3; Miq. 1:8, y parece referirse a algún animal salvaje del desierto, probablemente al lobo o al chacal. El animal conocido por los naturalistas modernos bajo el nombre de dragón, es una especie de lagartija inofensiva de Asia y de África. Puede ser que algunos reptiles monstruosos, cuyos restos se desentierran de tiempo en tiempo, hayan sido conocidos por Adán y sus primeros descendientes. La aplicación de este término a Satanás es una metáfora que fácilmente se entiende.

FUENTE DEL DRAGÓN, Neh. 2:13, probablemente la fuente Gihón en el lado occidental de Jerusalén. Véase Gihón.

DROMEDARIO. Véase Camello. La palabra hebrea usada en 1 Reyes 4:28; Est. 8:10, 14; Miq. 1:13, se cree que significa caballos ligeros.

DRUSILA, la hija menor de Herodes Agripa I, y hermana de Agripa el más joven, y de Bernice, célebre por su belleza. Fue dada en matrimonio por su hermano a Azizus, rey de Emesa. Cuando Félix estuvo de gobernador de Judea, la persuadió a que abandonase su marido y su religión y se casase con él. Pablo les dio testimonio de la verdad de la religión cristiana, Hechos 24:24. Ella y Félix tuvieron un hijo llamado Agripa que pereció después en una erupción del Vesuvio.

DUELO. Los Orientales, en la muerte de sus amigos y parientes, hacían notables demostraciones de pesar y duelo. Lloraban, desgarraban sus vestidos, se golpeaban el pecho, se echaban cenizas en la cabeza, Jos. 7:6; se tendían sobre el suelo, andaban descalzos, Isa. 20:2, se arrancaban el pelo y la barba, o se los cortaban, Esdr. 9:5; Isa. 15:2, y aun se hacían incisiones en el pecho o se lo desgarraban con las uñas, práctica prohibida por la ley mosaica, Lev. 19:28; 21:5; Deut. 14:1; Jer. 16:6, 7; 41:5; 48:37. La duración del duelo era comúnmente de siete días, 1 Sam. 31:11-13; Job 1:20, 21; 2:13; pero se prolongaba o acortaba según las circunstancias, Zac. 12:10. El duelo por Moisés y Aarón se prolongó hasta 30 días, Núm. 20:29; Deut. 34:8; y el de Jacob hasta 70 días, Gén. 50:3-10. Otras menciones de duelo por los muertos las hay en los casos de Sara, Gén. 23:2; José, Gén. 57:34, 35; los Egipcios, Exod. 12:39; Samuel, 1 Sam. 25:1; Saúl, 1 Sam. 31:13; Abner, 2 Sam. 3:31, 39; Lázaro, Juan 11; y Esteban, Hech. 8:2. Durante el tiempo de un duelo, los parientes cercanos de los muertos permanecían sentados en sus casas, y ayunaban, 2 Sam. 12:16; o comían en el suelo. El alimento que tomaban se tenía como inmundo y aun ellos mismos se juzgaban impuros. "Los sacrificios serán para ellos como el pan de los enlutados; todos los que comieren de él serán inmundos," Óseas 9:4. Tenían cubierta la cara, y en todo ese tiempo no podían entregarse a ninguna ocupación, ni leer el libro de la ley, ni ofrecer sus acostumbradas oraciones. No se vestían, ni hacían sus camas, ni se descubrían la cabeza, ni se afeitaban, ni se cortaban las uñas, ni iban al baño, ni saludaban a nadie. Ninguno les hablaba a no ser que ellos hablasen primero, Job 2:11-13. Sus amigos iban comúnmente a visitarlos y animarlos, Juan 11:19, 39, llevándoles alimento, 2 Sam. 3:31-35; Jer. 16:7. Subían también a la azotea o a la plataforma de la casa a lamentar sus infortunios: "Ceñiránse silicios en los terrados de sus casas, y en sus calles aullarán todos, deshaciéndose en llanto," Isa. 15:3; Jer. 48:38. Los Sumos Sacerdotes y también los Nazareos estaban eximidos del duelo acostumbrado, por estar exclusivamente dedicados a Dios y a su servicio, Lev. 10:2-6; 21:10, 11; Núm. 6:7; Ezeq. 24:16-18, y también lo estaban los sacerdotes ordinarios, excepto en la muerte de los parientes más cercanos, Lev. 21:1-4; Ezeq. 44:25.

El vestido de luto entre los Hebreos no se había fijado ni por la ley ni por la costumbre. Únicamente hallamos en las Escrituras, que acostumbraban desgarrar el vestido, costumbre que observan todavía; pero ahora desgarran sólo una pequeña parte de él, y eso por mera fórmula, 2 Sam. 13:19; 2 Crón. 34:27; Esdr. 9:3; Job 2:12; Joel 2:13. Antiguamente, en tiempo de duelo, se vestían de jerga o de género de cerda, esto es, usaban telas burdas de color pardo oscuro o negro, 2 Sam. 3:31; 1 Rey. 21:27; Est. 4:1; Salm. 35:13; 69:11.

DUMA, *silencio*, l., cierta tribu y país de los Israelitas en Arabia, Gén. 25:14; 1 Crón. 1:30; Isa. 21:11, sin duda el mismo que se llama todavía por los Árabes, “Durna de las piedras grandes” y el “Durna Sirio,” con una fortaleza situada en los confines de la Arabia.

II. Ciudad de Judá, un poco al sudoeste de Hebrón, Jos. 15:52.

DUQUE, En Gén. 36:14-43, hay una larga lista de duques de Edom, Exod. 15:15; Jos. 13:21, pero la palabra duque, del latín *dux*, significa simplemente un jefe, y no un orden específico de nobleza, 1 Crón. 1:51.

DURA, la llanura de Babilonia en donde Nabucodonosor levantó su imagen de oro, Dan. 3:1. El Señor Oppert halla este lugar donde está una mole llamada Duair, al sudeste de Babilonia, donde descubrió también algo que tomó por el pedestal de una estatua colosal.